

Sor Lía

Mi nombre es Sor Lía Sáez. Soy la segunda de nueve hermanos y tres angelitos. Mis padres pertenecen al Camino Neocatecumenal. Desde pequeños, nos enseñaron a amar a Dios y a querernos entre nosotros, aunque esto no significa que no peleáramos... Soy de Alboraya, un pueblo de Valencia (España), y tengo 21 años.

Siempre me han atraído las cosas de Dios. Las historias de los santos me admiraban de tal manera que sólo buscaba el imitarlos. Así fue como, a imitación de Santa Catalina de Alejandría, le pedí a la Virgen que me diera a su Hijo por esposo mío, siendo servidora todavía muy pequeña. Mi madre conocía estas inclinaciones y el deseo de pertenecer al Señor. Pero... ¿dónde? Carmelitas, clarisas, las Iesu... El Señor iba diciéndome en lo secreto del corazón: "Aquí no". Mi pobre amor comenzaba a enfriarse... ¿dónde, Señor?



Todo fue por culpa de un Belén. Mi hermanita se empeñó en que teníamos que ir a ver el del Asilo de las Hermanitas y, cuando fuimos, nos invitaron a las Convivencias de Navidad. Sólo fui servidora. No conocía a nadie ni nada, pero recuerdo que, al entrar, pensé: *¡Aquí sí que podría vivir toda mi vida!* En esas convivencias, por primera vez en mucho tiempo, me sentí libre de ser quien era. No tenía que fingir, pues nadie me conocía. Al ver a esa Hermanita que nos acompañaba tan feliz, deseé ser como ella, pero no monja. Sólo porque era feliz y servidora no: decidí comenzar el voluntariado. Con la ayuda de Sor, volví a preguntarme que era lo que Dios quería de mí. Poco a poco descubrí que era aquí donde el Señor me quería: ¡no tenía que buscar más! Pero era demasiado pequeña, tenía que esperar y, para mantener el fuego que me quemaba, comencé a rezar.



Comencé con fuerza el bachiller, pero una división dentro de mí comenzó a destruirme poco a poco. Juzgaba y criticaba a los de mi curso por lo que hacían, y eso que servidora no me quedaba muy atrás, así que me juzgaba y despreciaba por ello. No podía hacer nada por evitarlo; no era capaz de expresarlo ni pedir ayuda.

Cuando terminaron los exámenes finales, me derrumbé por completo y entré en crisis. Tomé una decisión: le dije a Sor que no quería ingresar, que todo había sido en vano. Ella estuvo dispuesta a escucharme y guardó silencio.

Dios permitió que me revelase contra todo, que me alejase de sus caminos. Quise dejar de creer, pero no podía negar que Dios hacía maravillas en mi vida. Rechacé todo lo que tenía que ver con Él... Pero una fuerza dentro de mí me impulsaba a ir hacia Él. Quise dejar de sentir, dejar de amar... porque eso me causaba dolor. Quiso el Señor ablandar mi corazón el día de nuestro aniversario. Comencé a ceder, sintiéndome perdida y necesitada. No quería regresar al Asilo, porque sabía que, si entraba, no volvería a salir. Pero nada de este mundo me servía: sentía un terrible vacío por dentro y nada lo llenaba porque, si no estaba Dios, toda mi vida carecía de sentido, no merecía la pena vivir.



Regresé el día de San Rafael. Me acogieron como al hijo pródigo. Dios iba ordenando mi vida de una manera vertiginosa: todos los problemas encontraban solución, con mis padres, con mis hermanos... El día 1 de noviembre ingresé en el Postulantado. Al despertar ese día, me encomendé a la Virgen, para que ella me cuidara y guiara en este nuevo camino que comenzaba.

El pasado nos condiciona y nos acompaña; las heridas están ahí, pero la oración y la gracia de Dios, y con la intercesión de Todos los Santos, he podido ir superando las dificultades. Ahora sé que Dios permitía que pasara por eso para que construyera bien firme el cimiento de la vocación: es Dios el que me llama, y nada puedo si no voy con Él. Hoy por hoy, soy novicia, preparándome para ser sólo del Señor. Soy feliz. Es verdad que hay momentos de luchas, de pruebas... pero el Señor siempre pone a alguien que me tienda una mano para ayudarme; conoce la debilidad de su esclava y no me dará nada que no pueda superar.

Por último, quisiera agradecer a tantas Hermanitas que he conocido, por su testimonio de vida, por su ejemplo... aunque a veces tengan errores, faltas y dificultades, pues todos las tenemos, por esos "angelitos" que me han cuidado y por tantas gracias y misericordias de Dios hacia mi persona...

Yo no sé cómo dar gracias a Dios por tantos beneficios (Santa Madre Teresa Jornet)

Si tienen la caridad, encomiéndenme en sus oraciones, como yo los encomiendo a ustedes.

